

La epistemología-política de la ultraderecha argentina.

Martín Prieto.

Cita:

Martín Prieto (2024). *La epistemología-política de la ultraderecha argentina*. III Congreso Internacional de Ciencias Humanas. Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, Gral. San Martín.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/3.congreso.eh.unsam/276>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/esz9/guZ>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La epistemología-política de la ultraderecha argentina

Martín Prieto

LICH-EH/CONICET/UNSAM

prietomartin@gmail.com

Resumen breve

En este trabajo se analiza cómo la Libertad Avanza, y particularmente su figura excluyente, Javier Milei, explotaron estrategias epistemológicas para darle atractivo y viabilidad a su modelo político. A partir de este caso se explora una cuestión más global, la de cómo se construye activamente legitimidad política a través del discurso epistemológico, lo que requiere una comprensión de la razón epistemológica y su enraizamiento en el tejido normativo e institucional de las sociedades desde un enfoque poco habitual, que puede llamarse epistemología-política. Siguiendo este enfoque, se expondrán algunas modalidades históricas bajo las cuales se construyó la relación de contrapeso y sinergia entre el pensamiento liberal y el pensamiento científico, o en otras palabras, cómo las prácticas científicas se han representado públicamente de manera que se sincronizan con ampliar corrientes de pensamiento sobre la moral, la soberanía y la justicia, y de este modo han permitido representar las prácticas reales de gobernanza liberal bajo un refuerzo positivo.

Palabras clave: epistemología social, ciencia, liberalismo, democracia, teoría crítica

Ponencia

El contexto general más determinante para indagar sobre los objetivos planteados es el del ascenso de los ideales liberales de derechos y libertades públicas asociados al crecimiento de la propiedad individual y el desarrollo de la economía de mercado, propios de la expansión de la cultura europea burguesa y moderna, en su necesidad de incorporar algunos principios de legitimación democráticos, propios de las reivindicaciones populares. Si la exigencia del liberalismo clásico es la expansión de la esfera privada bajo la consigna de que que bajo las mismas instituciones políticas coexistan diferentes ideales y métodos secularizados para definir lo bueno y cómo alcanzarlo, un problema de legitimación intrínseco para el ideal social del individualismo liberal es el exceso de subjetividad, que atenta contra la coordinación social y la autoridad supraindividual de normas comunes: ¿Cómo estimular la crítica y

el cambio institucional sin perder recurrencia en las instituciones? ¿Hasta dónde es legítimo aumentar la esfera privada sin comprometer la esfera pública que protege la esfera privada?

El principio de estabilización de esta tensión es un constructo epistemológico: la idea de que entre todas las prácticas intersubjetivas, la científica es la única capaz de prohibir la pendiente natural hacia el punto de vista totalmente personal y producir un hecho fundamentalmente técnico, políticamente neutro (el *punto de vista desde ningún lugar*), que se halla en el método algorítmico para determinar la validez de cualquier conocimiento. De ahí la idea de que, si hay gobierno representativo será idealmente la de la burocracia y los cuadros técnicos, si hay mercado será aquel en que puede actuar esa “mano invisible” revelada por la economía científica. Así, como observa Ezrahi:

Aunque el conocimiento científico, especialmente en sus versiones matemáticas-formales, puede estar restringido a los especialistas, el hecho de que pueda ser aprendido lo hace más accesible en principio y por lo tanto, al menos aparentemente, más democrático. (...) Para una parte considerable de la historia de las relaciones entre la ciencia y la política (...) la necesidad de menospreciar el aporte de la subjetividad, la política y el contexto al proceso de producción del conocimiento, y la tendencia a presentar el conocimiento en términos de la metáfora del espejo como reflejo de las propiedades objetivas del mundo, convirtieron a la ciencia y a la autoridad científica en valiosos recursos políticos para la construcción del orden político liberal-democrático. (Ezrahi, 2004, p. 256)

Antes que el derecho a la infalibilidad, atributo divino, se atribuye a los grupos científicos el mismo derecho que a nuestros gobernantes: el derecho a equivocarse. Pero solo en los primeros este derecho se ejerce desde un manejo ideal de la autoridad y el poder, porque se nos muestra transparente al control popular y no es tendencioso sobre los ideales personales de vida. Por eso nos habituamos a ver en la epistemología experimental-científica un microcosmos más perfecto y racional dentro del macrocosmos más imperfecto e irracional que es la república política (liberal-democrática) a la que pertenecemos. La “República de la ciencia” (Polanyi, 2014) es el ámbito donde las ideas se expresan libremente pero son sometidas a examen crítico por parte de los pares; donde esa competencia se resuelve bajo información pública y según criterios de opinión aceptados por la comunidad, que excluyen de la consideración los atributos sociales individuales de quienes opinan (raza, clase,

género, nacionalidad) tanto como sus posturas ideológicas personales; y donde el resultado habitual de dicho intercambio es el célebre consenso científico, que aunque no participemos de él aceptamos consentir como propio (Prieto, 2022).

Bajo esta particular dialéctica de conjunto entre al pensamiento epistemológico y el político el liberalismo tradicional construyó la legitimidad de sus soluciones. Si bien el liberalismo es un complejo de posiciones que reclaman lealtades distintas, tienen todas una raíz común en el individualismo posesivo, así como en los presupuestos básicos sobre los que se desarrolla su tensión dinámica. En este sentido, es de suponer que la pendiente liberal no se mantendría tan fácilmente en el imaginario social si no fuese porque se supone que sus tensiones desembocan en un estanque quieto donde reina la paz y la verdad: la autoevidencia de este método universal.

En este caso, es importante el hecho que un proceso de importancia crucial haya ocurrido al cabo de un siglo de rigurosa investigación epistemológica, y que sin embargo se mantenga al margen de la teoría política *mainstream* y permeado muy poco en el imaginario social y en la cultura de los movimientos sociales contra el recrudescimiento neoliberal. Y es que toda la idea de una metodología científica universal (e incluso de las variantes más matizadas y complejas que intentaban asegurar su equivalencia funcional) ha caído en el descrédito y la obsolescencia.

Manteniendo estas premisas pero haciendo caso omiso a su rendimiento normativo, en el clima actual de crisis de representatividad, donde no se atisban soluciones de fondo en la lógica de alternancia política, es que se impone otro par de alternativas dentro del eje liberal: u otra visión politizada (una democracia más directa y menos mercantilizada, por ejemplo), o la eliminación total de lo político por el mercado. Si las mayorías perciben el primer camino como una cuestión de grado y remota, y al segundo cualitativo e inmediato, nos tenemos que preguntar cómo es que ese relato de ultraderecha logró reaccionar químicamente con el sentido social del realismo. Para esto la ultraderecha no echa mano de una arquitectura narrativa enteramente nueva sino que aprovecha a reducir el techo desde un piso ya instalado, y acá nuevamente nos encontramos con un factor epistemológico crucial. Repasemos esta construcción.

Primero, el piso es la idea de que en un rincón de la subjetividad individual existe una visión fría y transparente no empañada por la agitación y los humos políticos, que puede prescindir del ejercicio pluralista del diálogo y que sin embargo puede concluir sobre lo que en cada caso es socialmente bueno. En esta intuición está funcionando esa ingeniería conceptual del liberalismo que primero separa lo político de lo científico,

después une lo científico a lo mercantil, y finalmente mercantiliza lo político. La historia de cómo un saber como la economía, que tenía por su tema central la justicia y la moral, dejó de mencionarlo, debe mucho a esto.

Segundo, no es menor el hecho de cómo Milei, erigido en redentor de lo político por su omnipotencia epistemológica, habló a las multitudes en una lengua que casi nadie comprende, la de la economía matemática. Este fenómeno tiene sus raíces en un proyecto más reciente de los economistas neoliberales de esconder en los números recetas ideológicas y sociales, pero esto no explica su adhesión social. Nadie vota algo que no comprende del todo. Más bien, en este punto nos encontramos con que las corrientes de epistemología social arrastran fondos de comprensión de ese ideal matemático, por ejemplo en la asociación entre un modelo de práctica intersubjetiva virtuosa y el algoritmo de la verificación científica, pero también en una sabiduría anterior, metafísica: la idea de que la realidad misma (natural y social) tiene una estructura matemática. Esa sabiduría no se instala en la cultura por algún descubrimiento fehaciente de esa esencia (no existió ni puede existir tal descubrimiento), sino más bien por un proceso histórico de reducción del progreso social a la mecánica del conocimiento, y del progreso del conocimiento a la determinación de lo calculable, manipulable y apropiable. Es decir, más que por un descubrimiento trascendente, por la explotación hábil de tendencias propias de un imaginario capitalista profundamente instalado como hegemonía.

Tercero, la radicalización del individualismo mercantil y apolítico que propone la ultraderecha se apoya mutuamente en una radicalización del individualismo dentro de la epistemología social. A esta ecuación no la altera el hecho de que Milei, su portavoz, sea un científico pueril e irresponsable (algo muy difícil de evaluar por una persona común que no entiende de economía matemática), y cerrado a toda crítica de sus pares. No tuvo tampoco alto impacto el hecho de que rechace de plano el consenso sobre el cambio climático antropogénico, formado dentro de uno de los ejercicios de pluralismo científico más amplios de la historia, o que proponga dismantelar el carácter público y autónomo del CONICET para su absorción por el sector privado, donde la filtración de intereses particulares en los resultados de las investigaciones será todavía más opaca para el público. Todo esto importa menos porque incluso esa "República de la ciencia" asociada a la liberal-democracia tradicional se expone como lo que es: un microcosmos de una política que ahora no se aspira a mejorar sino a derrotar.

El camino viene preparado y se venía transitando. En parte, porque el trabajo de investigación ya responde a un modelo cuantitativo, mercantil y esotérico, el de la producción de *papers*, que raramente derrama al bien común y tiende a bloquear el potencial liberador de la investigación crítica. Pero también porque su concepción rectora, la de la ciencia pre-política, acostumbró a creer que cada individuo dispone de un camino seguro para ordenar el mundo y certificar sus conclusiones, y que la realización democrática de ese camino es circunstancial. Es a través de la epistemología social que las prácticas científicas se representan públicamente de manera que se sincronizan con amplias corrientes de pensamiento sobre la moral, la soberanía y la justicia, permitiendo de este modo representar las prácticas reales de gobernanza económico-política liberal bajo un refuerzo positivo. Y es necesario registrar que, como en la economía y en la política, el giro en la epistemología también es hacia la ultraderecha, donde cada individuo es un tomador de riesgo, un calculador, un conocedor autónomo de la realidad colectiva (Hayek, 1945). Toda la ciencia, incluso la social y humana, será experimental y conductual porque responde a un modelo de persona liberal exitosa, una que no necesita de los demás comprensión, sino solo información.

Desde esta plataforma Milei eludió los consensos democráticos, reclamó el derecho de hacer justicia colectiva por mano propia, y fue escuchado.

Bibliografía

- Ezrahi, Y. (2004). "Science and the political imagination in contemporary democracies".
En Jasanoff, S. (Ed.), *States of knowledge: The co-production of science and the social order* (254–273). Routledge
- Hayek, F. (1945) "El Uso del Conocimiento en la Sociedad". *American Economic Review*, XXXV, N° 4
- Polanyi, M. (2014) "La República de la Ciencia: su teoría política y económica".
En *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, Buenos Aires, vol. 9, n° 27.
- Prieto, M. (2022) "La ciencia en su razón pública. El modelo de la ciencia sin política",
en *Filosofía de las ciencias para el siglo XXI*. Nuevos debates y problemas.
UUIRTO